

Peligro, elección y salvación

Jeremías 1,4-10. Salmo 71,1-6. Lucas 4,21-30. 1 Corintios 13,1-13

Supongo que lo fácil hoy hubiera sido predicar sobre 1 Corintios 13. El caso es que ese pasaje es tan completo en sí —además de ser eminentemente conocido— que he preferido centrarme en nuestras otras tres lecturas, de Jeremías, Salmos y Lucas.

La yuxtaposición de estas tres lecturas me sugiere otras tantas ideas: **Peligro, elección y salvación.**

1. Peligro. En el salmo, la idea del peligro nos la da el clamor del salmista, que teme ser avergonzado y confiesa necesitar una liberación o vía de escape. Pero en Jeremías la idea del peligro la pone el propio anuncio de su llamamiento: «No temas... porque estoy contigo para librarte». Son palabras extrañamente contraproducentes. Si el salmista las hubiera recibido como respuesta a su clamor, resultarían reconfortantes. Pero al jovencísimo Jeremías, libre de preocupaciones y temores, no podían más que sugerir toda suerte de oscuros presentimientos.

Aunque el fragmento del Salmo 71 que hemos leído hoy sólo menciona su juventud, el resto del salmo indica que el salmista es ya anciano. Y aunque este salmo es anónimo, su contexto muy particular en el libro de los Salmos invita a imaginar también un autor específico y un contexto histórico también muy específico. Los Salmos 69 y 70 se atribuyen a David, que clama al Señor en medio de angustiada tribulación. Después de nuestro salmo, el sentido de la primera palabra del Salmo 72, *leShlomo*, podría ser una atribución del salmo a Salomón, pero es más verosímil imaginarla como una dedicatoria: *a* Salomón o *para* Salomón. En ese caso no es difícil imaginar que el ancianito atribulado que compone el Salmo 71 sea el propio Rey David, acosado en sus últimos años por alzamientos militares encabezados por sus propios hijos rebeldes. El peligro que se cierne sobre el salmista viene entonces de su propia casa, de su propia familia.

Nuestro texto de Jeremías no indica de dónde procede el peligro que se cierne sobre el jovencísimo profeta. La exhortación: «No temas ante ellos», no tiene ningún antecedente claro e inmediato. El que no tenga ningún antecedente claro e inmediato, sin embargo, no quiere decir que no tenga ningún antecedente en absoluto. En el primer versículo del libro, tres versículos arriba, tenemos la indicación de que Jeremías era «hijo de Hilcías, de los sacerdotes de Anatot, en la tierra de Benjamín». ¿Cabe imaginar, entonces, que sea de su propia casa y parentela, de su pueblo natal, donde procedan los peligros de que el Señor promete protegerlo? En efecto, si nos adentramos en la lectura de Jeremías, hallamos en los capítulos 11 y 12:

^{11,19} Yo era como un cordero inocente que llevan a degollar, pues no entendía que maquinaban designios contra mí, diciendo: “Destruyamos el árbol con su fruto, cortémoslo de la tierra de los vivientes, para que no haya más memoria de su nombre”.

^{11,21} Por tanto, así ha dicho el Señor acerca de los hombres de Anatót que buscan tu vida, diciendo: “No profetices en nombre de Jehová, para que no mueras a nuestras manos”. ²² Así, pues, ha dicho el Señor de los ejércitos: “Yo los castigaré...”

^{12,6} Aun tus hermanos y la casa de tu padre, aun ellos se levantaron contra ti, aun ellos gritaron en pos de ti. [...]

Llegamos así a la narración de Lucas. Es un episodio en la vida de Jesús donde no tenemos ni clamor ni promesa de protección. Lo que tenemos es una descripción de la protección sobrenatural que salva la vida de Jesús, ante un peligro que podría haber truncado su ministerio nada más empezar. Curiosamente, aquí también son los de su propia casa y parentela, los vecinos y amigos de su niñez y adolescencia y juventud, los que deciden acabar con su vida. Es una escena, la intensidad de cuyas emociones resulta difícil imaginar.

Sin embargo, la lectura intertextual de la perícopa de Lucas que nos sugiere el leccionario, nos ayuda a suplir con detalles de la vida de David y Jeremías, lo que falta del relato de Lucas para comprender la intensidad emocional de la escena:

Sabemos que David nunca se repuso del golpe que supuso para él el alzamiento de Absalón. Aunque recuperó el trono, fue a partir de entonces un hombre roto por dentro, asolado por sentimientos de culpabilidad, incapaz de mostrar interés en los asuntos del reino, desorientado, emocionalmente distante del pueblo y de sus tropas, extrañamente dispuesto a tolerar los desaires y la insolencia de su sobrino y comandante en jefe del ejército, el General Joab. David no era ya más que una sombra de sí mismo, encerrado en su palacio y musitando salmos.

Y sabemos que Jeremías también se sumió en una honda depresión a raíz de la trama contra su vida que conspiraron sus amigos, vecinos y parientes de Anatót:

^{20,14} ¡Maldito el día en que nací! ¡Que no sea bendecido el día en que mi madre me dio a luz! ¹⁵ ¡Maldito el hombre que dio la noticia a mi padre, diciendo: “Un hijo varón te ha nacido”, causándole gran alegría! ¹⁶ Sea tal hombre como las ciudades que asoló el Señor sin volverse atrás de ello; que oiga gritos por la mañana y voces a mediodía, ¹⁷ porque no me mató en el vientre. Mi madre entonces hubiera sido mi sepulcro...

En tal estado de ánimo, Jeremías intentó abandonar su ministerio y descubrió que tampoco podía, que estaba controlado por algo que era más fuerte que él:

^{20,7} ¡Me sedujiste, Señor y me dejé seducir! ¡Más fuerte fuiste que yo, y me venciste! ¡Cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí! ⁸ Cuantas veces hablo, doy voces, grito: “¡Vio-

lencia y destrucción!", porque la palabra del Señor me ha sido para afrenta y escarnio cada día. ⁹ Por eso dije: "¡No me acordaré más de él ni hablaré más en su nombre!". No obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos. Traté de resistirlo, pero no pude.

El caso es que el cuarto texto del leccionario para hoy, 1 Corintios 13, sugiere que una de las tres cosas eternas e imperecederas, junto con el amor y la fe, es la esperanza. Pero la esperanza es precisamente lo que parece haber desaparecido de la vida de David tras la muerte de Absalón. Y aunque a la postre Jeremías se restableció y acabó siendo un profeta de la esperanza donde los haya, sus deseos de nunca haber nacido, sus sentimientos de encontrarse atrapado en un ministerio no deseado pero imposible de abandonar, evidencian que atravesó un período caracterizado por la más profunda de las desesperanzas.

«Estas tres cosas permanecen: la fe, la esperanza y el amor». Puede ser. Si San Pablo lo afirma, ¿quién soy yo para negarlo? Pero cuando tus primos y hermanos, cuando tus amigos y vecinos de toda la vida conspiran para matarte, el amor puede parecer una burla, una fantasía inalcanzable; la fe puede parecer un ejercicio intelectual difícil de seguir manteniendo; y la esperanza se puede desvanecer, dejándote sin ganas de vivir.

Lucas salta alegremente a la siguiente escena desde ésta, donde sus hermanos, primos y cuñados, sus amigos y vecinos de Nazaret, dan a Jesús el susto de su vida arrastrándolo hasta el borde del despeñadero antes de soltarlo y dejarlo marchar. Pero los intertextos que nos sugiere el leccionario para hoy, nos han llevado a detenernos en la angustia de ese momento, a observar con pasmo la profundidad del dolor del rechazo; tanto más hiriente, cuanto más cercanos los que parecían desear la muerte de Jesús.

2. Elección. Pero los tres protagonistas de nuestro pequeño ejercicio de intertextualidad, David, Jeremías y Jesús, se descubren objeto de una conspiración mucho más esencial que la violencia asesina sufrida en el círculo de su más íntima amistad y parentela.

¿Cómo distinguir entre la paranoia y la realidad? El viejo vidente Samuel elige al chaval David para reinar sobre toda Israel cuando él, a lo único que aspiraba era a vagar libre por el campo, cuidando los rebaños de su padre, cantando sus horas de ocio al compás de su cítara. Uno a uno, sus hermanos habían desfilado delante de aquel viejo que, insatisfecho, llevado por impulsos inexplicables venidos de la deidad, había insistido que algo iba mal, que a Isaí le tenía que quedar algún otro hijo.

Nuestro salmo nos invita a imaginar al rey ahora viejo, sin nada a que aspirar más que a sobrevivir a pesar de las maquinaciones de Joab y las ansias de poder que manifestaban sus hijos, preguntándose para qué leñes se había metido Samuel en su vi-

da, destinándolo a una vida tan turbulenta y violenta. ¿Por qué había tenido que fijarse Dios precisamente en él y no en algún otro? ¡Flaco favor, este favoritismo del Señor, que te predestina desde la niñez —desde antes de nacer— para una vida donde la gloria de los honores se mezcla irremisiblemente con la envidia asesina de unos hijos que desean que te mueras de una vez por todas, para hacerse con tu trono!

«¡No soy más que un chaval!» —protestó Jeremías; intuyendo, tal vez, que el llamamiento del Señor le estaba por arrebatarse la niñez. ¡Inútil la protesta, cuando la deidad te ha predestinado desde antes de nacer —desde antes del vientre de tu madre, antes de tu concepción— para ser su portavoz! Como a David, a Jeremías le cae encima una vida que no había pedido. Dios se muestra terriblemente arbitrario, otorgando sus dones y su privilegio —su favoritismo divino— allí donde no son deseados. ¿Quién sabe? —quizá precisamente porque no son deseados. Terrible ironía ésta, de que muchos sin duda hubieran deseado ser elegidos para servir así a Dios, pero en ese mismo deseo se demuestran indignos del privilegio de la elección; mientras que aquellos que lo resisten se ven arrastrados a ello contra su voluntad.

Aquí también nuestra lectura intertextual nos ofrece posibilidades que los propios evangelistas no quieren desvelar, acerca de la psicología y las luchas internas de Jesús. ¿Acaso hubo predestinación más pesada que la suya? ¿Cómo vivir con la leyenda familiar de su concepción virginal? ¿A qué tierna edad se dio cuenta Jesús de que las esperanzas de su madre —volcadas en el Magníficat— eran demasiado desmedidas, exigían de él lo humanamente imposible, lo jamás alcanzable? Harto difícil es hallar en el anonimato el camino de la vida a vivir. Pero, ¡Dios mío!, ¿qué niño puede desarrollar una infancia normal, sabiendo que las esperanzas añejas de toda una raza recaen en que tú sepas liberarlos de la tiranía de la distante Roma, a la vez que no eres más que el chiquillo bastardo de un carpintero de pueblo?

En cierto sentido, se diría que Jesús se pasó la vida entera tratando de desarticular y negar su llamamiento tan único en la historia de la humanidad. Consiguió escurrir el bulto durante treinta años y a la postre se dedicó a hacer siempre lo contrario de lo que se esperaba del Mesías. Pero de nada le valió: su camino ya estaba trazado. Lo quisiese o no, los anhelos ya no sólo de su pueblo sino de toda la humanidad pendían de él. Pero por si le faltaban elementos para la paranoia, Mateo dice que después de su bautismo con Juan, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. ¡Cuarenta días y sus noches, con el cuerpo consumido hasta el mismísimo umbral de la muerte y sin más compañía que la del diablo! ¡Pero bueno! ¿Qué clase de conspiración es esta? Y ahora, aquí en Lucas 4, nada más volver del desierto, Jesús busca refugiarse en su Nazaret de toda la vida —y ya hemos visto cómo lo reciben. ¿Qué más remedio?: Sale de Nazaret para nunca volver, transformado en un predicador peripatético, sin hogar fijo al que volver y con la cruz de los conspiradores contra Roma como destino ineludible, imposible de escapar.

3. Salvación. Pero en última instancia, nuestros tres textos son textos de salvación. Son textos de protección divina, de esperanza, de confianza y de liberación.

Nuestro fragmento de salmo nos deja con una impresión de alabanza, confianza y esperanza.

Nuestra lectura del llamamiento juvenil de Jeremías nos deja con la impresión de una fuerte protección divina sobre el profeta, no importa cuáles fueran los peligros a que tendría que hacer frente en la larguísima vida que sabemos que tenía por delante.

Y en nuestro texto de Lucas, Jesús se marcha tranquilamente desde el borde del acantilado. No hay nada que indique un forcejeo. Lucas no nos da ninguna explicación. Jesús sencillamente se marcha y nada más.

Y aquí tenemos que volver obligadamente a nuestro cuarto texto de hoy. Porque a pesar de una experiencia tan cruda como la que sufrió en Nazaret, el mensaje de Jesús fue extrañamente pacífico, de una mansedumbre deslumbrante: un mensaje de amor. No del amor de la amistad y la parentela, el amor *filadelfia*; ni siquiera el amor apasionado del *eros*, aunque desde luego que es imposible evitar esa asociación de ideas siempre que hablamos de la *pasión* de Jesucristo para referirnos a su muerte. El amor que nos enseñó y ejemplificó Jesús fue precisamente el *ágape* que nos propone Pablo en 1 Corintios 13 como un camino más perfecto que incluso los mejores entre los dones del Espíritu.

Un amor, en fin, capaz de superar incluso experiencias tan traumáticas como la de Jesús en Nazaret.

Y os propongo que de la yuxtaposición intertextual de nuestras lecturas de hoy, aprendemos que al fin y al cabo es esa nuestra única salvación. Si conseguimos aprender a amar como Jesús, si aprendemos a vivir guiados por el *ágape* divino, entonces habremos sorteado con éxito, sin lugar a dudas, todos los peligros de nuestra frágil existencia humana.